

## **HACIA LAS AMÉRICAS DEL 2005: DEMOCRACIA, DESARROLLO Y PROSPERIDAD**

**Discurso presentado en el marco del Almuerzo ofrecido por el Primer Ministro de Quebec**

**Alocución del Primer Ministro de Quebec  
El Honorable Lucien Bouchard**

*Este texto fue traducido del francés. Sólo la versión francesa es fidedigna. La versión leída da fe.*

Señor Presidente,  
Señores Copresidentes de Honor,  
Señoras y Señores Presidentes de Asambleas y Parlamentarios de las Américas,  
Señores Representantes de Organismos Internacionales,  
Señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos,  
Señor Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe,  
Señoras y Señores Representantes del Cuerpo Diplomático y Consular,  
Señor Alcalde,  
Señoras y Señores Ministros,  
Distinguidos invitados,

En nombre del Gobierno de Quebec y del pueblo quebequense, quiero darles la bienvenida a la ciudad de Quebec, Ciudad del Patrimonio Mundial y capital casi cuatro veces centenaria.

Permítanme felicitar a los organizadores de esta Conferencia, en especial a su Presidente, señor Jean-Pierre Charbonneau, y a los dos Vicepresidentes, señores Facal y Ciaccia. La organización de un evento de esta naturaleza exige minuciosidad, energía y perseverancia; sin lugar a dudas, ustedes y sus colaboradores pueden sentirse orgullosos del trabajo realizado y del éxito que Quebec y su capital sienten como propio.

Nunca, desde hace más de cien años, los parlamentarios de las Américas se habían reunido para debatir conjuntamente sobre un desafío común. ¿Por qué? Porque nunca antes nos habíamos visto enfrentados a un cambio tan importante como el de la integración económica de las Américas.

Es una razón muy importante. Pero entonces, ¿por qué reunirse en Quebec, en la capital de una de las naciones más pequeñas de las Américas por su población - que representa sólo el uno por ciento del total de las Américas - y de un pueblo que se expresa en francés, el idioma menos hablado en el Hemisferio?

Tal vez sea precisamente por estas dos razones. Tanto en el Sur como en el Norte de nuestro Hemisferio, estamos todos implicados en una integración económica que aspira al enriquecimiento económico de todos. Tenemos además otras riquezas. En cada mesa, aquí, ustedes representan identidades, tradiciones, culturas que conforman la extraordinaria diversidad

cultural y social de las Américas. Que seamos de Calgary o de Valparaíso, de Nueva York, de Caracas o de Montreal, cada uno de nosotros ostentamos con orgullo nuestras características nacionales.

El desafío de una mayor integración económica plantea también algunos temores en nuestras poblaciones. Como por ejemplo, el temor de perder una parte de los instrumentos reglamentarios, legislativos y arancelarios que durante mucho tiempo, pensamos que representaban garantías de seguridad.

Más fundamentalmente, sin lugar a dudas, algunos temores están relacionados con el riesgo de la homogeneización de las culturas nacionales; pienso en particular en la aprensión de que desaparezca una parte del sentimiento de pertenencia esencial para el ser humano y las colectividades.

Hay que evitar exagerar estos temores, pero sería un error ignorarlos.

En cierto sentido, Quebec es sensible al valioso carácter de nuestras identidades. Nuestros amigos de Estados Unidos tienen el mérito de ser la mayor potencia económica y cultural que el mundo haya conocido. Nuestros amigos canadienses tienen la ventaja de compartir el idioma de dicha potencia. Nuestros amigos hispanoparlantes tienen la seguridad que les confiere su gran número. Nuestros amigos brasileños constituyen en sí una potencia económica y cultural.

El modo de vida de Quebec y del pueblo quebequense presenta más riesgos. Nuestra economía no puede apoyarse en nuestro mercado interno. Exportamos el 54 por ciento de lo que producimos y de ello depende nuestra riqueza. Por consiguiente, en todo Canadá, somos los más fervientes defensores del libre comercio. A este respecto, Quebec fue el principal artífice de la participación de Canadá en el libre comercio con Estados Unidos, y luego en el TLC.

La fe de los quebequenses en el libre comercio es contagiosa y gana progresivamente adeptos entre las mentalidades pragmáticas y abiertas. Hemos apoyado el tratado de libre comercio firmado entre Canadá y Chile y he dado al Presidente Cardozo, de Brasil, la garantía de nuestro apoyo para un acuerdo con los países del Mercosur. Además, Quebec multiplica los acuerdos e intercambios con los Estados de la Nueva Inglaterra y los Estados de los Grandes Lagos, nuestros principales socios comerciales.

Por lo tanto, económicamente, Quebec apuesta firmemente por la carta de la integración.

Sin embargo, culturalmente, Quebec no puede contar con la fuerza que otorga el número o la proximidad de una potencia francófona. En la vecina Acadia, en el Este, la francofonía goza de buena salud. Pero debemos constatar que Quebec es el único lugar en Canadá donde la proporción de francófonos en la población ya no está en regresión. Esto ha sido así en los últimos 20 años, desde que promulgamos una Carta que protege nuestra lengua y nuestra cultura.

Socialmente, cada nación resuelve, a su manera, los desafíos de este fin de siglo. No hay buenas o malas opciones. Los quebequenses han tomado decisiones que difieren de las de algunos de nuestros socios. Al igual que todos, estamos eliminando nuestro déficit, pero nuestras leyes

laborales, nuestra tasa de sindicalización, nuestra política familiar, nuestras medidas sobre equidad salarial, así como nuestra práctica de la asociación entre el Estado, el empresariado, las organizaciones sindicales y comunitarias, son signos que indican la presencia aquí de un pueblo que posee su propia manera de pensar. Se habla a veces de un modelo quebequense, inserto sin embargo en la exigencia de competitividad que implica la integración económica.

¿Qué significa todo esto? Significa que el pueblo de Quebec, un pueblo de exportadores francófonos que forjan un modelo quebequense, representa de alguna manera un caso piloto para la integración de las Américas. Somos un laboratorio vivo de las tendencias que recorren cada uno de nuestros países.

A las puertas del gigante estadounidense, mientras nuestros intercambios económicos con el Continente aumentan aceleradamente, Quebec trata de demostrar que se puede conservar su propia identidad, su propia personalidad cultural, social y política, y multiplicar al mismo tiempo las relaciones con sus vecinos. Lo contrario sería preocupante y constituiría una advertencia para el conjunto de las culturas.

Intentamos aquí demostrar que la integración económica no puede realizarse debilitando las diferencias culturales que constituyen la diversidad y la riqueza de las Américas sino por el contrario fortaleciendo a la vez lo que nos distingue y lo que nos une.

Como ustedes saben, algunos, como yo, mi gobierno y casi la mitad de los electores, pensamos que los quebequenses deberían dar un paso más en la doble lógica de la integración y del fortalecimiento del carácter nacional, haciendo de Quebec un Estado soberano, asociado económicamente con sus vecinos. Nuestros amigos de la oposición oficial no piensan de esta manera, y éste es un debate que mantenemos en uno de los parlamentos más antiguos de las Américas y del mundo, orgullosos de formar parte de una de las democracias más sólidas que existen. Como prueba de esto, en el referéndum de 1995 sobre la soberanía, el 94 por ciento de los electores concurren a las urnas.

En nuestro rincón del Continente buscamos los medios para conciliar la integración económica con la preservación de nuestra personalidad social y cultural. Sabemos que ustedes tienen la misma preocupación. En realidad, compartimos el mismo deber. Es por ello que esta conferencia es tan valiosa. Debe permitirnos intercambiar nuestras experiencias, comparar nuestros métodos, enriquecer nuestra reflexión.

En este fin de siglo, la globalización constituye una fuerza irresistible. Resistir sería librar una batalla en la retaguardia. Prefiero la visión de Bolívar que, hace 150 años, convocó al primer congreso panamericano. Pero, debemos evitar que los pueblos estén al servicio de la globalización, por el contrario, tenemos que obrar para que la globalización esté al servicio de los pueblos. Por eso estamos reunidos hoy aquí.

Podemos tratar juntos sobre problemáticas comunes: democracia, derechos humanos, empleo, educación y capacitación, protección social, salud, desarrollo sostenible, cultura, lengua y comunicación. Estamos aquí para comparar nuestras experiencias. En realidad, para ser francos,

estamos aquí para robarnos entre nosotros nuestras mejores ideas. Entre parlamentarios, esto es legal.

En este fin de siglo, no seremos los únicos en entablar este tipo de debates. Sin embargo, tenemos una ventaja sobre los asiáticos o sobre los europeos que tratan las mismas problemáticas. Tenemos la suerte de poder abordar estos temas con parlamentarios de Estados Unidos, del país que constituye en cierta medida el centro de gravedad de la globalización.

Estoy particularmente satisfecho de ver que tantos parlamentarios de Estados Unidos están participando en esta Conferencia. Para ustedes, los desafíos son otros. Sin embargo, este debate acerca de la fuerza de las identidades nacionales en un mundo en creciente interconexión, les atañe tanto como a los demás.

En el país de ustedes, se está desarrollando un intenso debate sobre cómo lograr un equilibrio entre el multiculturalismo y la necesidad de fortalecer los valores nacionales y la identidad nacional. Incluso la cuestión de un idioma oficial constituye un problema, no sólo en la frontera con México sino también aquí mismo, en el vecino Estado de New Hampshire. El impacto de la expansión del área de libre comercio en su economía está en el centro de muchas campañas políticas.

Es como si ustedes se estuvieran planteando, a escala interna, las mismas preguntas cruciales acerca de la cohesión cultural y económica que nosotros, las demás naciones de América, debemos plantearnos en nuestros países debido al gran peso que su país posee a nivel internacional.

Por consiguiente, ya sea que vivamos en Peoria o en cualquier región de las Américas, este proceso necesita ser analizado por los representantes del pueblo. Debemos preguntarnos a nosotros mismos cómo lograr la integración conservando al mismo tiempo las identidades nacionales, cómo las prioridades establecidas por nuestros electores pueden ser consideradas dentro del proceso de integración. No podemos adoptar una actitud pasiva al respecto, sino que debemos situarnos en la vanguardia.

No obstante, una cosa es cierta: no hay respuestas fáciles. Tenemos una extraordinaria oportunidad, hoy aquí, de comenzar a analizar juntos algunas pistas de solución.

Amigos míos, venimos de diferentes horizontes, pero como ciudadanos de un mismo Continente compartimos un pasado común. Tuvimos que dominar estos nuevos territorios, instalarnos y adaptarnos; tuvimos que establecer relaciones con los pueblos indígenas. Debimos además luchar para liberarnos de la tutela colonial.

Sin embargo, es nuestro futuro lo que nos une más que nada. Podemos constatar que nuestros empresarios se comunican cada vez más. Los productos y servicios traspasan nuestras fronteras con una facilidad inédita. La comunicación entre las naciones de América, en el horizonte 2005, no puede ser únicamente económica.

Los acontecimientos de las últimas semanas, la extraordinaria emoción suscitada por la muerte de la princesa Diana y de la madre Teresa demuestran claramente que nuestros pueblos tienen sed de humanidad. La economía, la prosperidad, deben estar al servicio de la humanidad y no a la inversa.

Ahora bien, la política es el arte de proporcionar a nuestros ciudadanos los medios para sus esperanzas, el goce de sus derechos y la conciencia de sus responsabilidades. Estas esperanzas, estos derechos y estas responsabilidades están en nuestras manos, parlamentarios de las Américas.

Busquemos, juntos, los medios para hacer de nuestra integración una herramienta de enriquecimiento recíproco, pero también una herramienta de civilización y de humanidad.

Muchas gracias.